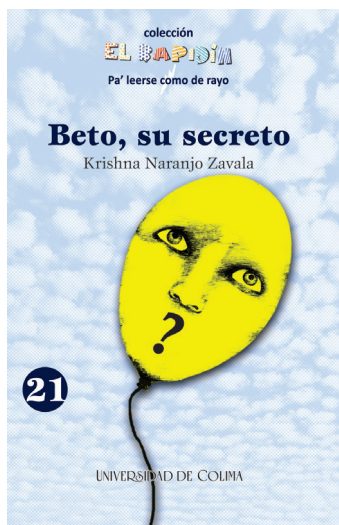




Cuento

La nueva cara de la emperatriz

Krishna Naranjo Zavala
Universidad de Colima

Brígida estaba convencida: su nariz era la punta de la pirámide de Keops, la cúspide de la torre Eiffel. La aguja perfecta. Eso debía cambiar. Sabía de belleza femenina por las revistas que devoraba en el baño, mientras desahogaba las combinaciones pico-ácidas consecuencia del desayuno a base de toronja y limón. Según ella, la bebida limpiaba el estómago tan bien, pero tan bien, como si pasáramos la escoba, qué digo la escoba, la aspiradora, y luego el trapeador con agentes de limpieza más fuertes que los jugos gástricos. Entonces, Brígida corría al baño y a la hora de la liberación su cara era un colapso de felicidad y dolor.

—*Gumm, strumm, garr* —gemía.

Su afición por la cosmética y el bienestar era tal, que le llevaba a ingerir los preparados más exóticos. Pero cuando salía del baño, rascaba sus rojos cabellos con desesperación, algo no le gustaba. Quería parecer... más joven, más fresca.

En esa búsqueda, leyó hace algunos años, un libro que prometía cambiar su vida. Por cierto, los ejemplares se adquirían únicamente llamando sin costo a Televentas Maravilla. Como Brígida fue de las primeras doscientas mil personas en llamar, le dieron un encendedor gratis. El libro se titulaba *Hágase rico, hable con ángeles, convenza a sus amigos, sonría siempre, cambie su vida, vista bonito y sea feliz*.



Después de leerlo, Brígida deseó ser la mejor y más feliz emperatriz de todos los tiempos. Para ello, precisaba arreglarse algunas facciones de su cara. Ser emperatriz le exigía vestir prendas de moda y no perder el estilo ni comiendo los tacos que su madrina Pancha le preparaba para consentirla. Todo el pueblo sabía de su obsesión, la cual llegó hasta los oídos del doctor Juan Serrucho, quien se imaginó todo lo que Brígida podría pagarle. Con una sonrisa maliciosa telefoneó:

—Buenos días, le habla el doctor Juan Serrucho Cuchillas. Seguramente usted sabe de mí por el prestigio mundial que como cirujano he ganado. Me enteré que desea reservar cita conmigo y me interesa darle un trato preferencial, la espero hoy a las cinco en mi consultorio.

Brígida, entusiasmada, fue a verlo. Le sorprendieron las enormes narices hechas de hierro que tenía como pilares de su escritorio, el picaporte en forma de labio grueso y el escritorio a manera de abdomen plano. Al llegar, el doctor Juan Serrucho la saludó con todos los honores y la enfrentó ante un enorme espejo.

—Mire usted. Mírese. Piense que puede ser otra, reunirse con las damiselas de beneficencia sin preocuparse por su nariz de zanahoria, sus ojos de tubérculo, sus brazos de betún y sus piernas de batidillo, es decir, sin parecer una avestrucha de nobleza —le dijo apretando los dientes.

Brígida nunca pensó que sus ojos, sus brazos o sus piernas merecieran un arreglo, pero si el Doctor Serrucho lo decía, era cierto.

—Le garantizo —continuaba el cirujano— que será la emperatriz más elegante de todos los tiempos. Por tratarse de usted, le ofrezco la siguiente oferta: sólo llene la maletita de verdes y olorosos billetes. Pero bien llenita. Le advierto que no le haré cambios drásticos, porque perdería su belleza natural, que bueno a decir verdad... la tiene. Le aseguro, sus amistades notarán su magnífico cambio.

En poco tiempo, Brígida fue intervenida por las manos de Serrucho, o al menos eso creía. Cuando despertó de la anestesia, se encontró con la sala de operaciones vacía. ¿A dónde había ido el

doctor Serrucho? Nadie lo sabía. Afuera de su mansión, los periodistas deseaban fotografiar su nueva apariencia.

Brígida llegó vendada. Presurosa, subió la escalinata para ver los resultados en su dormitorio. Al descubrirse, la pirámide, la torre y la aguja estaban ahí, en su rostro. No se sentía feliz. Pensaba que era cuestión de tiempo, luego se verían los fantásticos resultados. Todos sus amigos sabían de su operación y la halagaron al verla. Pero su madrina Pancha le confesó:

—Sigues igualita, igualita, nada te hizo ese doctor de pacotilla.

Del coraje, Brígida sintió el jugo pico-ácido sin tomarlo. Había sido estafada, ella, ¡la emperatriz! Los periodistas, ávidos de noticias atractivas, descubrieron que Juan Serrucho, el atrevido que se burló de la nobleza, era en realidad un escultor obsesionado en reproducir formas humanas de rara belleza.

La emperatriz había ganado su atención por sus gestos peculiares; además, el hombre estaba casi en la miseria y esa fue parte de su estrategia para sobrevivir muchos años dedicándose a sus obsesiones.

Brígida, por su parte, se miró ante el espejo, una y otra vez. Era la misma Brígida flacucha y pelirroja de siempre. El asunto del cirujano ya no le importaba, ahora su mente estaba en sus ojos de tubérculos, sus brazos de betún, sus piernas de batidillo. ¿Quién la llamará de nuevo?

• *Krishna Naranjo Zavala*

Correo electrónico: krish@ucol.mx

Mexicana. Maestra en letras hispanoamericanas por la Universidad de Colima. Actualmente ejerce la docencia en dicha institución. Escribe poesía, cuento y ensayo.

